



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º — NÚMERO 29.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada:—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Barró del Campillo, núm. 15.

SÚMARIO.

Una limosna para los niños pobres y buenos, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Una herencia de llanto, por id.—A la religionpoesía por Don Teodosio Vestreiro Torres.—Solo un Dios y solo un culto, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Variedades.

UNA LIMOSNA

PARA LOS NIÑOS POBRES Y BUENOS (1).

Al tomar hoy la pluma en la mano, de mis labios brota una súplica, y de mis ojos una lágrima.

Esa gota de llanto la confío al ángel hermoso y dulce de la caridad cristiana, para que uniéndola con el ruego, la deposite a los pies del Niño Jesús, del divino amor, protector y amparo de los niños pobres; por quien hoy angustiada vengo a pedir.

(1) Estos niños reciben educacion en el convento de los dignísimos Padres Escolapios de esta capital, y las personas que quieran contribuir con una limosna para ayudar á vestirlos, ya sea con ropas usallás, ya con una corta cantidad, por pequeña que fuese, ya inscribiéndose en la lista de señoras asociadas para este objeto, y cuya cuota mensual puede ser hasta la insignificante de un real; debe dirigirse al referido convento, donde su Director admitirá las limosnas que se le lleven para este objeto, antes del día 16 de Diciembre.

Los niños pobres! ay! al ir á hablar de ellos no sé á quien dirigirme con preferencia, si á el alma de esos bellos serafines del hogar, á quien Dios ha concedido mejor suerte, y que son, sin embargo, sus hermanos, ó al amoroso corazón de las madres, á quien la piadosa Virgen María ha librado del inmenso pesar de ver con hambre y frío á sus tiernos hijos.

Peró ¡ay! que la niñez que no mendiga no sabe nada de dolores, y el que no ha llorado, no puede medir la inmensa amargura de las lágrimas!

En cambio, las madres todas, por muy alta que sea la posicion en que el cielo las ha colocado, han temblado, se han estremecido de espanto alguna vez, si una ráfaga de viento demasiado frío ha agitado los blondos rizos de sus hijos, ó si un rayo de sol, demasiado ardoroso, ha resbalado sobre su frente.

Las madres; sin duda, me comprenderán mejor.

Á ellas; pues, me dirijo.

Algunos... muchos niños, todos de corta edad, todos buenos, todos inocentes, entre ellos los hay que apenas saben balbucear el nombre de sus padres, se agrupan en un Asilo donde la

religion y la previsora piedad católica, despierta en sus corazones los primeros sentimientos de fe, de esperanza, de amor; siembra en sus almas la primera semilla de la virtud, de la bondad, del bien; pone en su boca las primeras plegarias, é ilumina su mente con las primeras nociones del estudio y del trabajo.

La caridad les ha abierto sus brazos diciéndoles: «venid aquí; aquí os guiaremos, aquí os enseñaremos, aquí no se distingue el rico del necesitado; aquí al divino calor del amor divino, la luz de la ciencia brillará igualmente para unos y otros! Venid, el mundo os entrega hoy en nuestra mano, ignorantes, inútiles, desamparados, y mañana nosotros os devolveremos á ese mundo convertidos en hombres doctos, sábios, santos quizá, destinados á ser el apoyo de una familia, ó el ornato de esa sociedad que hoy os desecha.»

Y los niños buenos, los niños estudiosos que aman á su padres y sienten en el corazón el deseo de aprender, acuden á esta voz, se reúnen ante aquellas puertas, y dejando la indolencia por el estudio, el juego por los libros, le ruegan á Dios que les haga dignos de la protección de las almas grandes.

Y allí están todos.

Yo les he visto alguna vez, y al mirarlos se me ha desgarrado el alma; porque aquellos niños son, en su totalidad, muy pobres, y acaso en aquel momento se sentían devorados por el hambre, sin tener un pedazo de pan con que aplacarla; y sin embargo, sufrían y callaban, y estudiaban sin cesar, procurando grabar en sus candidas frentes las páginas que leían, aunque al hacerlo, sus sienas eran azotadas por la lluvia, sus ojos se hallaban velados por las lágrimas, y sus ateridos dedos no podían sostener el peso del libro.

Yo los he visto pálidos y desfigurados: sus manecitas amoratadas se cruzaban sobre el descubierto pecho, buscando calor inútilmente; sus piés descalzos se apoyaban en el helado suelo: temblaban de frío.... ¡ay! se hallaban casi desnudos!

Entonces he pensado en mis hijos y he llorado!
¿Qué madre no hubiera hecho otro tanto?

He pensado en mis hijos, he alzado á Dios el pensamiento, y Dios me ha inspirado la idea de tender mi mano pidiendo una limosna para esos niños sin fortuna.

Y aquí estoy, pues, alzando la voz en su nombre, y en nombre de sus pobres madres; ¡de sus madres desventuradas, que acaso no tienen ya un sólo giron que arrancar á su traje para cubrir á esas tiernas prendas de su alma!

Oh! vosotras, madres dichosas que pisando al-

fombras, envueltos en pieles, reclinados entre plumas, veis llenas de gozo á vuestros hijos, y aun quisiérais mas para ellos; ¡tened piedad de los niños pobres, que pisan el hielo y que marchan descalzos; tened piedad de los niños que pasan hambres y frios, expuestos á la intemperie, mojados por las lluvias del cielo, y azotados por los crueles vientos del invierno! Tened piedad de esos inocentes mártires, y dadles una limosna por amor de Dios, pensando en vuestros hijos! Buscad entre las ropas que estos deshechan una sola prenda con que cubrir á esos infelices! Destinad el dinero que habríais de gastar en una noche de teatro, en un prendido de baile, á vestir á uno de esos ángeles desnudos, que tiritan y lloran por falta de abrigo!

El Niño Jesus, que tambien tuvo frio, adornará en cambio el alma de vuestros niños con todas las galas de la pureza y del candor, y derramará en torno de ellos todas las felicidades de la tierra, porque la caridad es la llave que abre el tesoro de la misericordia divina.

Y ¡cuesta tan poco hacer mucho bien!

Con una pequeña privacion, con un corto sacrificio pudieran remediarse tantos males!

Al ir á comprar un lujoso traje, ¿qué importaría que el precio de la tela fuese menos costoso, si con ello se podia evitar el sufrimiento de muchos meses á una pobre criatura!

No se oscureceria el brillo de un aderezo por tener una perla menos; ¡y cuántas perlas caidas del alma, pudieran rescatarse con el precio de aquella solo!

No perderia tampoco su belleza un ramillete por ostentar una flor menos; ¡y cuántas flores del cielo no hace brotar á nuestro paso la bendicion inocente de un niño?

Pero ¿á qué me afano por mostraros el camino, si todas cuantas escuchais mis palabras lo conocéis mejor que yo?

La caridad es muy ingeniosa y las mujeres españolas son generosas y caritativas, y estoy cierta que oirán mi voz, estoy cierta que comprenderán mi súplica, porque en su alma ha puesto Dios el germen de la compasion y del amor; porque en su corazón hay siempre algo de inocencia y de ternura, que la asemeja y la identifica con la niñez!

Cómo no han de atenderme? cómo no han de acallar á la infancia que llora?

Y vosotros, hijos míos, niños hermosos á quien yo amo tanto: venid conmigo, postraos á los piés de vuestros padres, y pedidles limosna tambien para esos pobres seres desnuditos.

¡Oh! decidles con vuestro puro acento y con las manos cruzadas en señal de súplica: «Padre

mio, madre de mi alma, socorred á los niños indigentes, ayudad con una pequeña dádiva para que puedan vestirlos hoy! Hay una piadosa Asociacion de nobles damas, que se dedica á esta hermosa obra; pero aunque cubran la desnudez de algunos, ¿se quedarán tantos sin abrigo! y son pequeños, son débiles como nosotros, y nosotros pudiéramos vernos cual ellos tambien algun dia! Una limosna por Dios para esos hermanitos nuestros! Una limosna para vestir á los niños pobres, cuya gratitud, con la gratitud de sus infelices madres, caerá convertida en lluvia de flores sobre nuestras caudórosas sienas.»

—Oh, hijos míos! si lo decís así, si vuestra inocencia intercede por su desgracia, quién podrá resistir á nuestro ruego?

Ayudadme, pues, con vuestra tiernísima influencia, ayudadme con vuestro candor en este dulce empeño; y cuando merced á las santas limosnas que consigamos, se presenten los niños socorridos á recoger vuestra dádiva como premio de su aplicacion y de su virtud, el Divino Jesus sonreirá con alegría, y dirá mostrándoos á su Santa Madre: «Esos niños son míos: están sellados con mi amor y serán felices en mi eternidad, porque el reino de los cielos es la patria de los misericordiosos.»

Enriqueta Lozano de Vilchez.

UNA HERENCIA DE LLANTO

Novela original.

(CONTINUACION).

Era muy temprano aun, y la jóven no encontró á nadie en el camino.

Sin embargo, al volver un recodo de la senda que seguía, y cuando ya daba vista á la quinta de Avendaño, descubrió un hombre que con paso lento y con la cabeza inclinada sobre el pecho se adelantaba en la misma direccion que ella traía.

La jóven no tardó en reconocerle, á pesar de la distancia que aun les separaba.

Aquel hombre era Armando.

La hija de Martin siguió adelante, y en breve el jóven y la niña se encontraron frente á frente.

Andrea sintió una especie de vértigo. La idea de que su padre habia sido el asesino del padre de Armando, vino á su imaginacion, y cual si la alcanzara una parte de aquella culpa tuvo miedo, y hubiera huido, á no detenerla la voz del jóven, que la llamó por su nombre y se acercó á ella con una visible emocion.

—Has cumplido la mision que te confié? la di-

jo despues de hacerla diferentes preguntas.

—Aun no, respondió la niña, pensando en el efecto que produjo en Martin la vista de la sortija.

—¿Y por qué? interrogó de nuevo Armando.

—La señorita no me ha podido recibir esta mañana.

—¿Cómo! ¿pues no entras tú á todas horas en su habitacion? ¿no la acompañas siempre?

—Sí; pero hoy...

—¿Qué?

—Mi señorita ha pasado sin acostarse toda la noche, y ella y su madre han llorado mucho.

—¡Oh! habrá sabido que su hermano y yo debemos batirnos hoy; exclamó Armando sin pensar en que Andrea le oía.

—¿Qué dice V.! balbuceó la pobre niña turbada y pálida como un cadáver. ¿V. batirse con el señorito Rafael? V.... ¡Ay! cuando dos hombres se baten es para matarse uno al otro, ¿no es verdad?

—Sí; pero tú....

—¡Oh! yo no quiero que V. muera ni que le mate tampoco!

—¿Qué dices?

—¡En nombre del cielo, en nombre de su madre.... de su memoria puesto que ha muerto, no atente V. á la vida de mi jóven señor!

Armando fijó los ojos en la hija de Martin de un modo extraño, y un pensamiento mas extraño aún cruzó por su mente. Andrea era muy jóven, era una niña, pero una niña muy inteligente y muy bella; ¿amaría á Rafael en secreto? habria una secreta inteligencia entre ella y el hermano de Adriana?

Armando rechazó esta idea, y sin embargo, preguntó:

—Y ¿qué pueden importarte á tí nuestras que-rellas? ¿por qué no quieres que esponga mi vida ni la de ese hombre?

—Porque el señorito Rafael no le ha inferido á V. ofensa alguna: porque V. no puede quererle mal, puesto que él ningun daño le ha hecho, y porque....

—Calla, calla! qué sabes tú de los misterios de la vida?

—Pero, es verdad, es verdad que van Vds. á matarse? gritó la niña con desesperacion. Oh! esto no es posible, Dios mio, esto no debe ser posible!

Armando no podia comprender el motivo de la afliccion de aquella criatura, cuyo semblante manifestaba un terror y una angustia infinita.

Porque Andrea habia comprendido la verdad; habia adivinado que aquel duelo no tenia una causa en el presente, sino que era motivado por

un funesto pasado, por aquel error cuyo secreto ella sola sabia.

—No, repetia sin cesar; eso no puede ser: eso seria un nuevo crimen que caeria sobre la frente y sobre la conciencia del culpado; eso no puede ser, no, no!

—Vamos, tranquilízate, le dijo el joven; tus palabras me llenan de asombro: qué causa te mueve á afligirte de tal modo por un hecho que en nada te toca?

—Qué causa? ¡ay señor! yo tambien tengo mis secretos, y secretos que no puedo revelar tampoco.

En aquel instante, el galope de un caballo se escuchó distintamente á lo lejos.

Andrea escuchó con afán.

—Es el doctor, dijo, es el doctor que se dirige á nuestra casa para ver á mi padre, y es preciso que yo esté á su lado: mi deber de hija me obliga á ello.

—Cómo! tu padre...?

—Está enfermo, señor.

—Entonces...

—Sí, sí: voy, voy; pero alejarme sin que V. me ofrezca no batirse con el señorito Enrique... alejarme con esta incertidumbre, con este temor... sin que V. me jure renunciar á su venganza....

—Qué dices? supones...?

—Sí: que V. va á vengar una ofensa antigua, y una ofensa que no le ha hecho su contrario.

—Cómo! tú sabes...

—Oh! exclamó Andrea aterrada; yo no sé nada, yo no he dicho nada; sospecha V. que yo puedo saber...?

Armando quedó confuso; sin embargo, las pisadas del caballo del doctor se oían ya muy cerca, la niña debia partir, y el joven no queria que le sorprendiesen hablando con ella.

Y con todo: ni uno ni otra se atrevían á separarse.

De pronto, la figura grave y reposada del médico apareció en medio de la senda.

Andrea iba á echar á correr; pero Armando la detuvo un momento, diciéndola con rapidez:

—Júrame que nada hablarás á Adriana de la conversacion que acabamos de tener.

—Oh! puede V. estar tranquilo! la amo demasiado para causarla tal dolor.

Y desapareció rápidamente, mientras Armando se alejaba tambien en direccion á la ermita de la Virgen del Valle.

Solo, sin familia, abandonado de todos, iba á pedir por sus padres muertos á su única madre en la tierra, y á ponerse bajo su proteccion, pidiéndola fuerza y valor para él, consuelo y dicha para Adriana.

Quando el doctor llegó á la casa de Martin, ya la hija de éste se hallaba junto al lecho del enfermo, sin que ninguno pudiera sospechar la lucha inmensa que se libraba en aquel corazon de quince años.

El estado del guarda-bosque era casi el mismo: solo que en vez de delirar dormitaba amodorrado.

El médico le ordeno algunos refrigerantes, y sobre todo mucha quietud, mucho reposo, y el mas absoluto silencio en torno suyo.

—Peligrará su vida? le preguntó Andrea al verle próximó á marchar.

—Por ahora no, hija mia; puedes estar tranquila, que espero salvarle.

—Ah, señor, gracias! dijo la pobre niña con una expresion de júbilo inmenso; pero me gusta tanto el verlo así!

—Pues no te alarmes; así permanecerá aun muchas horas; pero si logras hacerle tragar algunas cucharadas de la bebida que le he dispuesto, al caer el sol empezará á despejarse su cabeza: entre tanto, la soledad es lo que le conviene, hija mia.

El doctor salió, y Andrea se dió prisa á cumplir sus órdenes.

Quando ya Martin no necesitó de sus cuidados, la niña segura, ó al menos mas tranquila por su vida, empezó á pensar en su protectora, cuya dicha tanto la interesaba.

En el primer momento, la idea de revelar á Adriana cuanto sabia acerca de aquel duelo en que podían morir Rafael ó Armando, acudió á su mente como el único medio de evitarlo.

Despues temió causar demasiado pesar á su bienhechora, y se detuvo murmurando:

—No; ella debe ignorarlo todo: yo sola quiero buscar el modo de impedir ese desafio; ese desafio de que sin duda es causa el afán de una venganza injusta. Y si no hay otro recurso, yo tambien debo revelarlo todo; por ventura ¿un inocente debe pagar la culpa de un criminal? ¿un inocente! nó ¡hay mas corazones que sufren y que no han cometido falta alguna! Mi señorita, el ángel bueno que ha velado siempre por mí, ¿no seria la mas infeliz de la tierra si el hombre que ama muriese ó matase á su hermano? ¡Ay de mí! ¿Y mi padre á quien yo tanto amo? ¿y yo que tampoco soy criminal? Pero las culpas de los padres deben caer sobre los hijos! y en cuanto al mio, Dios me dará medios de salvarle, y yo... ¿qué soy yo comparada con ellos? ¿qué vale una pobre niña de quien nadie se cuida, comparada con una joven noble, hermosa y buena.... sobre todo, buena y santa como ninguna? ¡Oh! sí; cumpliré para ella con el deber de la gratitud, y....

¿quién sabe? acaso me sea dado remediar el mal sin acusar á nadie. Pensemos!

La inocente niña creía que con una palabra, con un ruego, podía calmar las pasiones humanas, y dominar los ódios y los rencores que germinan y crecen en el corazón del hombre, y detenerlos como Dios detiene á las irritadas olas del mar con un solo acento; desgraciada! ¿qué era ella, como había pensado muy bien? Oh, nada! un átomo perdido en la inmensidad del espacio: un imperceptible gemido del viento, apagado por el rugido de la tempestad.

En medio de sus dudas, en medio de sus vacilaciones, Andrea pensó en Margarita, y dió gracias á Dios que la recordaba aquel nombre, pues acaso en aquella jóven podría encontrar una poderosa aliada.

Los amores de Margarita y Rafael no eran un secreto para ningun criado de la quinta.

El jóven había dado públicamente pruebas de su pasión por la hija del señor de Enriquez, y Andrea, mas que nadie, sabía hasta dónde llegaba esta pasión, pues el guarda-bosque había sido mil veces el confidente y el auxiliar de su jóven señor, para acercarse á su adorada.

Andrea recordó todo esto con la rapidez del rayo, y adoptando una resolución extrema, se decidió á ir á la quinta, en que con su enfermo padre habitaba Margarita.

—Ella ama y es amada, se decía Andrea mientras se disponía á marchar; ella tiene gran influencia con el hombre que la adora, y acaso le haga ceder de este empeño. Además, entre su padre y el mio han causado todo el mal, y Dios acaso nos haya destinado á las dos para remediarlo.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Á LA RELIGION.

Religion sacrosanta

En que nací y en que morir espero,
Mi voz sus ecos á tu honor levanta:
Excelsa religion, yo te venero,
Yo te venero y canto,
Entre cielos y tierra lazo santo.
Expléndida iluminas
Los senos de mi mente
Que con tus rayos fúlgidos fascinas,
Luz del que piensa, gloria del que siente.

Religion descendida

De la alteza inefable de otra esfera,
Que el hombre con su ser miró nacida

Cuando el divino beso recibiera:

Yo tierno te saludo,
De fino amor maravilloso nudo.
Dios por tí de su altura
Hasta el mortal descende:
Por tí inundado de su gracia pura,
Hasta el sólio eternal el hombre asciende.

Religion misteriosa,
Cuyos albores vió la peregrina
Morada del Edén, y magestosa
Vívida fulguró en el alto Sina:
Tus santas tradiciones
Velaron cien y cien generaciones,
Y tu fiel profecía
Estudiaron tus greyes,
Esperando con ánsia el claro día
De ver eumplidas las mosaicas leyes.

Religion anunciada
Por el Ungido del Eterno Númen,
Centro felice de la acción sagrada
Y del divino plan sacro resúmen:
Maravillado el hombre
La frente humilla á tu celeste nombre;
Y en tí, ¡oh! fé cristiana,
Su arrobamiento fijo,
Adora la clemencia soberana
Que al siervo del dolor convierte en hijo.

Religion bendecida,
Cuyo dogma saluda la esperanza,
La buena nueva al recibir de vida
Que dicha y libertad do quiera lanza:
Tu moral nos sublima,
Y á Dios nos lleva desde hedionda sima:
Los mundos acrisolas,
Rauda los purificas,
Y al bien que ahogaban infernales olas
En piélago de calma vivificas.

Religion propagada
Por humildosos fervidos varones,
Que en guerra á las pasiones declarada
Consiguieron triunfar de las pasiones:
Niño, jóven y anciano,
Sábido é ignorante, se llamó *cristiano*:
Los ídolos cayeron
De su brillante sólio,
Y mudos de estupor los orbes vieron
Tu cruz sobre el romano Capitolio.

Religion perseguida
Por cruento tiránico delirio:
Dieron por tí los mártires su vida,
Y la palma lucieron del martirio.
En vano la cuchilla

Sangre vertió. La sangre fué semilla
De los nuevos creyentes,
Y tu corona bella
Ciñeron por millares á sus frentes
La viuda, la esposa y la doncella.

Religion conservada,
Pese al embate rudo del infierno,
Y de edad en edad perpetuada
De eterna lucha con el triunfo eterno:
Cual flores se marchitan
Los que soberbios contra tí se agitan;
Y tú, cual firme roca
En procelosos mares,
Retas, segura, su arrogancia loca
Que no ha vencido nunca tus altares.

Religion inefable,
Porque inefable es tu divino origen,
Tu arcano dogma y tu moral amable:
Por tí los yugos que al viador afligen,
Lazos son bienhadados:
Por tí la pátria ven los desterrados:
Bajo tu augusto manto
Se inspira el heroísmo,
Y es el faro del bien tu influjo santo,
Vida de vida, excelso cristianismo.

Religion veneranda
En cuya fé se cifra mi consuelo:
Al son del arpa blanda
Yo te canto en el suelo:
¡Así te cante en el supremo cielo!

Teodosio Vesteiro Torres.

SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

—»¡Tu afrenta!
—»¿Qué otra causa que una infidelidad, hace
»á una mujer abandonar el hogar doméstico?
—»¿Eso crees?
—»¿Tienes acaso otro motivo?
—»¡Dios mio, esto mas me teniais reservado!
»exclamé deshecha en lágrimas.
—»Acabemos: nada debe haber de comun en-
»tre los dos; tu conducta autorizó la mia, y
»hoy....
—»¿Qué? acaba; esa mujer que te acompaña-
»ba....? exclamé recordando repentinamente las
»palabras de Wamprey respecto á Miss Walton.
—»Está ligada á mí con lazos indisolubles.
—»Contigo! mentira! acaso tu podías...? gri-

»té con un acento desesperado, sintiendo á la
»par renacer mi amor con mis celos.

—»Olvidas que nuestra union no fué autori-
»zada civilmente, y que civilmente era yo libre?
»respondió con frialdad.

»Estas palabras acabaron de trastornarme, y
»me sentia morir.

»Él continuó.

—»Para unirme á Miss Alicia, bastaba su con-
»sentimiento, bastaba el mio, y el Héctor de
»Inglaterra nada tiene que ver con el pasado
»del Héctor de España. Oh! todo se ha hecho
»en regla y nada tengo que temer: te lo advier-
»to. Pero como tú podias recurrir á otros medios,
»como con una palabra referente á lo que fué,
»podias dar lugar al escándalo.... yo debo evi-
»tarlo, y por eso he querido que nos entenda-
»mos, Consuelo.

»En vano queria hablar; entre todo aquel mar
»de encontrados sentimientos que me domina-
»ban, me era mas amargo que los demas, el de
»que mi esposo me creyera culpable; el de que
»por un solo instante hubiese dudado de mí.

»Y sin embargo de mi afan yo no podia dis-
»culparme, por que las fuerzas y la voz me fal-
»taban.

»Él no tuvo piedad de mí, y continuó de este
»modo:

—»Ni nada temo ni nada quiero de tí, pero
»mi hija....

—»Nuestra hija! repetí mirándole con an-
»gustia.

—»Es forzoso que me la entregues!

»Aquella frase, me hizo estremecer como un
»golpe eléctrico.

»Ofuscada por lo terrible de mi situacion no
»medité en lo absurdo de aquella exigencia, y
»solo pensé en que los afanes de toda mi vida
»iban á ser inútiles, en que me iba á ser arreba-
»tado mi amor y mi consuelo de un solo golpe.

»En medio de mi trastorno solo un recurso ha-
»llé para evitarlo y dije rápidamente.

—»Nuestra hija, nuestra hija no está en mi
»poder.

—»¿Qué dices!

—»Nuestra hija, está con mi padre.

—»¿Dónde?

—»Fuera de Madrid, murmuré para ganar
»tiempo.

»Guardó silencio por algunos minutos y pare-
»ció dudar,

—»Esta bien, dijo al cabo, yo sabré encon-
»trarla.

—»Oh! Héctor, Héctor exclamé sin poder do-
»minarme, ten piedad de mí, y no intentes lle-
»varte á mi hija!

—»Acaso está mejor junto á tu padre que conmigo?

—»No es eso, pero ella es mi único consuelo, mi sola esperanza! Yo no te acusaré, yo no diré una palabra en contra tuya: te dejaré que gozces en paz las ventajas de tu union con otra mujer; pero no busques á Elena no la busques por piedad.

»Habia en mi acento tanta amargura tanta afliccion en mi semblante, que mi esposo se conmovió y tuvo un poco de piedad para mí.

—»Estás demasiado agitada, me dijo, y no debemos hablar ya más. Separémonos: yo á mi vez tampoco quiero inspirar sospechas: he prestado un olvido, un quehacer preciso para tener libertad un instante, pero no quiero prolongar mi ausencia; nos veremos otro dia: piensa entre tanto lo que exijo de tí, y sobre todo, ten presente que con una ligera indiscrecion de tu parte, seré inflexible y de grado ó por fuerza me llevaré á mi hija conmigo, pues tengo que partir de nuevo á Lóndres dentro de pocos dias; pero si eres prudente, si no te interpones en mi camino, tal vez....

»No prosiguió y mandó al cochero volver á escape al punto de donde habíamos salido; sin embargo, yo entreví en sus palabras una esperanza y guardé silencio tambien.

»Ni una palabra, pues, se cruzó entre nosotros en todo el trayecto que tuvimos que recorrer.

»Cuando el carruaje se detuvo,

—»Quedaté, y que te conduzcan á tu casa, dijo Héctor; estás enferma, y así te será mas fácil: yo me separo de tí en este sitio, porque no quiero que nos vean juntos, adios.

»Al ver que se alejaba, bendije al cielo con toda mi alma.

»De aquel modo ignoraria cual era mi morada, y acaso no le volvería á ver, puesto que habia dicho que iba á partir en breve.

»Con este designio, esperé á perderle de vista, y á mi vez mandé parar el carruaje para volver sola á mi casa y evitar que aquel hombre supiese donde yo habitaba.

»Mirando á todas partes, como el que huye de un asesino, crucé varias calles, y al cabo de algun tiempo me hallé en mi pobre buardilla, como la cierva perseguida que halla un oculto refugio en el seno de los bosques.

»Mi tierna Elena me aguardaba con afan y salió á recibirme en la escalera con su hermoso semblante rebotando inocente alegría.

»Yo habia salido á entregar mi labor, y siempre que lo hacia, traia á la pobre niña algun pequeño regalo.

—¿Qué me traes hoy, mamá? me preguntó al verme aparecer.

—»Hay!, nada, hija mia!

—»Nada? oh! es verdad que vuelve con el trabajo que llevabas! ¿por qué es eso mamá? acaso no van á darte mas costura? tanto mejor! así no velarás tanto, ni pasarás los dias atareada y llena de afan.

—»Ay, Elena mia! la dije mirándola con ternura, entonces no tendria pan que acercar á tus labios!

—»Es verdad! pero siendo así, por qué?...

—»No me preguntes nada, hija mia; tú no sabes.... no desees saber cuántas contrariedades hay en la vida!

—»Pero, vas á salir de nuevo?

—»No, no.

—»Y no almorzaremos?

—»Hazlo tú, Elena, yo necesito descansar un instante.

—»Has venido deprisa, ya lo veo, pobre mamá mia, y que pálida estas!

»Finjí una sonrisa para no entristecer á mi hija, y con el pretexto de que estaba muy cansada, la mandé que cerrase la puerta y que no abriese á nadie mientras yo dormía.

»Ella obedeció, y yo efectivamente me dejé caer en la cama.

»Tenia fiebre, estaba muy mala y lejos de dormir desvarié mucho, sobresaltándome al menor ruido, á la menor palabra que oía.

»Así pasé algunas horas, al cabo de las cuales, mas tranquila en la creencia de que Héctor no me encontraria, me levanté, y me dediqué con inmenso trabajo á mis tareas ordinarias.

»Sin recursos, sin mas elementos que el precio de mi trabajo, qué iba á ser de nosotras, qué iba yo á hacer si no podia salir de mi casa?

»Agoté aquel dia para mi Elena todas nuestras cortas provisiones, y esperé confiada en Dios que amaneciera el siguiente.

»Pero ¡ay! que con la nueva luz se iba á aumentar mi agonía.

»Me habia levantado temprano, Elena dormia, y sentí que llamaron á mi puerta; instintivamente cerré la del cuarto en que estaba mi hija y fui á ver quién venia.

»¿Con qué sorpresa, con que terror encontré á Héctor frente á mí. ¡Temblé que permaneciendo allí despertase mi hija y él la viese; temblé que me la arrebatase, y busqué un pretexto para alejarle.

»Él insistió en permanecer; decia que tenia que hablarme, le ofrecí que saliésemos juntos y aceptó, pues le aseguré que habia vuelto mi

»padre y que temia verlos juntos.

»Héctor acaso queria evitar tambien este encuentro; y mi mentira tuvo buen éxito.

»Salimos, pues, y nos dirijimos á una fonda inmediata pidiendo una habitacion para hablar á solas un instante.

—»Ayer, me dijo, pensaste burlarme por segunda vez, impidiendo al cochero que te condujese á tu casa, pero ya ves que fué inútil, yo tenia demasiado empeño en saberlo, para dejar pasar la ocasion.

—»Héctor, le respondi, has hecho mi desgracia, me lo has arrebatado todo en el mundo!

»¿qué más quieres de mí?

—»Quiero mi hija!

—»Elena! oh! eso no: eso jamás! si osaras arrebatármela....

—»Qué harías?

—»No sé, pero sería capaz de todo.

—»Consuelo!

—»Mi hija es mi vida, es la única esperanza, la única felicidad que tengo sobre la tierra, y por ella todo lo arrastraría, tu irás, tu enojo, no sé si hasta....

—»Prosigue!

—»No! para qué!, tú no has de ser tan miserable!

—»Escucha, Consuelo: no hemos venido aquí, tú á insultarme, yo á escuchar tus reproches; te amé un dia, creí hacer tu dicha, y juzgué hallar á tu lado la mia. Despues.... despues he visto que era imposible, en vez de amor y confianza he hallado siempre en tí reproches, oposicion, desvío.

—»¡Oh! ¿cómo querías que sucediera de otro modo, si era distinto nuestro culto, distinta nuestra fe?

—»La que ama, cree y piensa del mismo modo que el hombre amado.

—»No se arrancan jamás del corazón de una mujer, las primeras lecciones que recibe de los labios de su madre.

—»Tambien la tuya te enseñó sin duda los deberes de esposa, y tú.....

—»Aún piensas....?

—»Ya te he dicho que no hallo otra explicacion á tu conducta pasada. Además, no fui yo solo quien creyo....

—»Sí, te comprendo. Williams sin duda me culpó, Williams sin duda me mostró culpable ante tus ojos.

—»Era mi amigo, se interesaba por mí.

—»Era tu perdicion, temió que mi amor pudiera salvarte, y apagó con el viento de la duda la llama de ese puro amor!

—»Acabemos. El pasado no tiene remedio! el

»velo que le oscurece á mis ojos, la barrera que nos separa es insuperable ya, tratemos solo del presente, del porvenir.

—»Tú has dicho que nada hay de comun entre nosotros, tú has colocado otra en mi lugar; déjame, pues, morir tranquila en mi pobreza y mi desgracia.

—»Es que yo no quiero que Elena viva pobre!

—»!Ni yo quiero que goce la riqueza, si esa riqueza está manchada!

—»Yo la haré feliz!

—»Yo la haré buena, que es la dicha mas segura y mas cierta.

—»Yo tengo derecho....

—»Le has perdido al unírte á otra mujer.

—»Piensa bien lo que te digo.

—»Estoy resuelta á no ceder.

—»Y si yó la arrancara por la fuerza de tu lado? el oro todo lo puede.

—»Una madre desesperada alcanza mucho tambien. Oh! si te atrevieses á usar la violencia, yo iria, yo te buscaria en tu propia casa, diria á esa mujer que no eras libre al ligarte á ella: le diria que eres un impostor, y que causas la desgracia de cuantos seres te aman.

(Continuaré).

Enríqueta Lozano de Vilchez.

VARIEDADES.

—»El P. Urbano Grassi, superior de las misiones de la Compañía de Jesús en las *Montañas-Rochuses* escribe que el Evangelio va penetrando más y más en aquellas tribus indianas y que á pesar de los esfuerzos y el dinero de los protestantes, los neófitos permanecen inquebrantables en la fé.

»Últimamente un ministro del protestantismo concibió la idea de ganar á su causa al jefe católico de Yohamas, llamado Ignacio, y le hizo preguntar cuánto queria por hacerse protestante.

»Ignacio se contentó con responderle: Mucho, mucho.

—»¿Cuánto quieres, le preguntó el enviado, doscientas piastras?

—»Más, la respondió el jefe.

—»¿Quieres quinietas piastras? ¿seiscientas?

—»¡Oh! muchas más, añadió el cristiano.

—»¡Y bien! habla. Dime la cantidad que exiges: Te la daré: te lo prometo.

—»Dame lo que vale mi alma, replicó Ignacio.

El ministro lo comprendió: dióse por vencido. Calló é hizo bien. ¿Qué podía responder?

GRANADA:

IMPRESA DE DON FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo, números 24 y 25.